

LA FERIA DE DAIMIEL EN EL SIGLO XXI

JESÚS SEVILLA LOZANO

Cada persona, tenemos una visión y un concepto muy diferente de la Feria y Fiestas, según los años y las circunstancias en que las hayamos vivido. Como dice el refrán castellano: "Cada uno cuenta la feria según le va" o le ha ido. Sabemos, que cada nueva feria que llega, no supone lo mismo para los deseos y miradas, alegres e inocentes de los niños, a las de un adulto con sus innumerables problemas, dudas y apetencias o con las que pueda tener un viejo lleno de nostalgias y ahído de vivencias y experiencias. Y en consecuencia, también serán muy diferentes las formas y el espíritu de acogerlas, al igual que muy distintos los objetivos que cada uno persiga.

En los niños, por ejemplo, los deseos prioritarios, son que les regalen el mayor número posible de juguetes, golosinas o estrenar prendas de vestir que les agraden; y, por supuesto, visitar el ferial, todos los días, para montar y disfrutar con los múltiples aparatos y artilugios, llenos de bombillas de colores y de ruidos casi insoportables.

Los ciudadanos maduros, sus mayores disfrutes quizá sean los de presenciar una buena corrida de toros, un buen partido de fútbol o cualquier otro deporte con "tirón" o asistir al teatro, a un gran concierto, a una buena discoteca...; claro que, también, les agrada dar un paseo por el ferial, para beber en los chiringuitos unas cervezas, tomar unos churros o saborear las clásicas berenjenas; y las madres, en particular, acompañar a sus hijos en el disfrute de verlos montar en algunas de las numerosas atracciones.

Para los mayores la Feria, sin duda, es otra cosa; posiblemente un paréntesis en el ocaso de sus vidas y, a la vez, un tormento de nostalgias de sus años jóvenes y de recordar familiares muertos; también, un deseo de que pasen pronto, pues sin querer se salen de sus presupuestos en gastos extras, ya sea por complacer a los nietos, a los amigos o a otros familiares. En realidad, para ellos son días tristes y, algunos prefieren marcharse al campo o a otras localidades. Si acaso, asisten a los actos religiosos en honor de la Virgen de las Cruces, pasean por la plaza o saludan a los amigos "ausentes". También a las personas de la tercera edad, la Feria le sirve para recordar con mucha nostalgia unos años y unos tiempos de juventud -ya desaparecidos para siempre- en donde

estas fiestas eran otra cosa; otras diversiones más sencillas y modestas en atracciones, actos y celebraciones, pero que se vivían -posiblemente por la pobreza y las penurias de aquellos tiempos- con otro espíritu, con diferentes ilusiones y alcanzando mayores disfrutes.

Tiempos heroicos aquellos de, por ejemplo, entre los años 40 y 50, los de la dura posguerra, en donde las mejores celebraciones estaban en las iglesias, en algún partido de fútbol, en una carrera ciclista, en alguna modesta corrida de toros o en los cohetes y fuegos artificiales; y, en menor escala, en unos artilugios feriales sencillos, como las barcas, los caballitos o las sillas locas... Unas pobres atracciones que se instalaban en las plazoletas de San Pedro y de Santa María y con las casetas de lona, de quincalleros, que se colocaban en la Plaza con modestos juguetes (muñecas "peponas" y caballos de cartón, carritos y camiones de madera, coches de hojalata, trompetas...), una sencilla artesanía, casi tercermundista, pero que despertaban la ilusión de los que entonces éramos niños.

Y junto a ello, ¡como no!, también, las inevitables mesas con los turrone para "feriar" a las novias, a los familiares o a las amistades; y al lado las grandes tinajas con berenjenas de Almagro, la venta de artículos de loza y cristal (entre los que destacaban las cacerolas, los pucheros y los lebrillos de todos los tamaños); otras mesas con un montón de gambas resacas (que daban la sensación que recorrían la mayoría de las ferias de la provincia); también los puestos de venta o rifa de navajas albaceteñas; y no podemos olvidar, tampoco, aquellos primeros helados que se fabricaban delante del cliente, raspando una gran barra de hielo, a los que después se le echaba un licor dulce que podía ser de fresa, de limón o de naranja. Y ya, unos años más adelante, las estupendas horchatas de los alicantinos Sirvent y otro tipo

de helados, selectos y sabrosos, que vendían en cinco o seis carritos en la Plaza (con sus toldos para evitar el riguroso verano) y que hacían las delicias de los paladares de chicos y grandes.

Lo cierto, es que la Feria y Fiestas de aquellos años -aparte lo dicho- tenían varias cosas positivas: se adecentaban las casas, se encalaban o pintaban las paredes de las fachadas y de sus interiores, se renovaban vestuarios y calzados de todas las familias,...

Eran los tiempos heroicos de una España pobre, inculta, atrasada; y, naturalmente, también sucedía lo mismo en Daimiel.

Para los que tenemos cierta edad, aquellos años -en nuestra memoria- son como una enorme mescolanza de recuerdos, nostalgias y días inolvidables; en los que quizá confundamos, aquel año que nos hicimos novios con los de la muerte de algún pariente cercano o de cuando jugamos en algún equipo de fútbol del pueblo cuando nos montamos, por primera vez, en las emocionantes sillas locas de la Feria; pero son tantas las décadas transcurridas y tantas las efemérides de nuestras vidas que, no es extraño, se produzcan estas confusiones de fechas y de vivencias.

Lo que sí es cierto es que, de la Feria de entonces a la de ahora, hay un abismo; y las razones -todos lo sabemos- se deben, sin duda, al mejor nivel socioeconómico y a la superior calidad de vida que disfrutamos en toda España; y, sobre todo, a los grandes presupuestos de los que actualmente disponen los Ayuntamientos.

Hoy, ya metidos de lleno en el siglo XXI, las ferias son otra cosa. Las de ahora resultan realmente buenas, tanto en cantidad como en calidad. No hay más que leer los programas generales de festejos, actos y espectáculos. Pero, deberían cambiar algunos aspectos negativos; como por ejemplo, eliminar o moderar los estridentes ruidos que se producen en el ferial, en las discotecas y hasta en la misma plaza del pueblo. Parece que vivimos en un país de sordos y, lo más lamentable, que no se respeta la legislación vigente.

Afortunadamente, todavía se mantiene una cosa importante de aquellos tiempos: que las fiestas siguen siendo en honor y bajo el amparo de nuestra querida patrona la Virgen de las Cruces. Y eso para los que somos católicos, es una satisfacción y un consuelo.